
La divina Evtrapelia: saber reír sin ofender

Los antiguos helenos (a quienes llamamos “griegos” olvidando que ellos llaman a su país *Ellas*, con “espíritu rudo” o aspiración inicial) nos hicieron reconocer muchas virtudes humanas. Era la suya época en que “virtud” (latinizado ya) no era un rasgo feminoide de beata de sacristía sino acerada característica viril pues *virtus* como *vir* expresa “fuerza”. Y la cabalah (que sabe jugar con ambigüedades y ambivalencias) habla de Netzah, la virtud y la representa como una hermosa mujer DESNUDA, *pero* la coloca sobre la columna varonil de la Misericordia y no sobre la femenina de la severidad, en la que —correlativamente— pone a Hod, un hermoso varón, el Hermes de la mitología griega como Netzah sería, en ella Afrodita (de donde la deseable unidad del andrógino Herm(es)-Afrodita).

Entre esas virtudes que unos de los últimos (si no es que “los únicos”) *verdaderos humanos* nos enseñaron a reconocer se encuentran: 1) la SUPREMA virtud de la *ataraxia* (la indiferencia frente al bien y al mal que puedan ocurrirme en cuanto esté yo en un plano superior al suyo) y 2) la DIVINA virtud de la *evtrapelia* (con pronunciación neohelénica de la upsilon, por parecerme más suave que la antigua de u). Evtrapelia que implica la capacidad de reír *sanamente* de todo —con inclusión de sí mismo— o como diría ese filósofo-natural que don José García López de la división de “Transporte” de la UNAM, saber que “En este mundo, todos somos payados, y yo, m el mayor de ellos”.

Reír es tan importante que al tema se le dedicó un —hace años— un coloquio en el sur de Francia que probablemente haya sido inspirado con el estudio que a “La Risa” consagró Henri Bergson con tesis que hace unos días vimos glosados en “Humanidades” por don Antonio Pompa y Pompa. Y tan importante nos pareció el fenómeno que —en su momento, hace más de 30 años— no dudamos en hablar de “La Risa, Diamante de Múltiples Facetas, Prenda de Humanidad”.

Porque —como se hizo notar entonces— sólo los humanos reímos. Nada, en la naturaleza, ríe, ...sino nosotros. Y, si reír procede, como reacción, de un parcial “no comprender” qué es lo que está pasando, se puede pensar que esta posibilidad nuestras nos demeritaría respecto del resto de los vivientes... a menos que nos percatemos de que si la naturaleza no ríe NO ES porque ENTIENDA sino porque NO BUSCA ENTENDER, y en cambio lo humano si no siempre (pocas veces o casi nunca)

entendemos sí es evidente que fuera de que excepcionalmente entendemos, SIEMPRE BUSCAMOS ENTENDER.

En esas condiciones, la risa es un bálsamo con el que aliviarnos nuestro propio fracaso o —en la alternativa— más cara con la que disimulamos nuestra incapacidad para comprender, y con la que sí es *sabís* —benévola— damos a entender que toleramos la conducta de “Los Otros” (que discrepa de “la nuestra” a la que privilegiamos como la “conducta correcta”).

Posibilidad HUMANA —por tanto— la de reír, que contrasta con la impotencia ANIMAL para hacerlo. Pero potencialidad que —para que se realice HUMANAMENTE, en actos— tiene que estar señoreada por una sapiencia. Porque lo que se necesita es SABER reír: reír oportunamente, en el sitio adecuado, a modo de rebajar la propia arrogancia con esa risa, o a manera de relajar una situación tensa en la que otro humano corre el riesgo de perder la propia estima por imputar él mismo o permitir que otros le imputen COMO DEFECTO PERSONAL, lo que no es sino una GENERICA FALIBILIDAD HUMANA.

Es así como establecemos una disyunción básica entre la *risa dabia* y el *insensato reír*. Es de este modo como es preciso diagnosticar cuál es la vinculación que se establece en lo que del traductor al francés del Seudo-Hipócrates llama “La Rire et la Folie”; la vinculación o la desconexión entre la risa y la locura. Porque el sabio Demócrito a quien acusaban de “loco” sus coterráneos de Abdera (por reír incluso de situaciones que a ellos les parecían “solemnas y trágicas”) no era —en un última instancia— sino un practicante de aquella *evtrapelia* que permite que el hombre sobreviva a las torturas anímicas (más que síquicas o corporales) a que le somete un mundo que el soviético Platónov ha visto como “pérfido” (el de la naturaleza) y dentro de esa supervivencia, relajada por la risa, se decida a seguir luchando por el advenimiento de un mundo menos indiferente; por un mundo “hermoso” en el que en contraste con el observable (en el que los homínidos prolongan a la naturaleza indiferente o a su ley de la selva) surja otro, CONSTRUIDO (un mundo en el que esos homínidos SE HUMANICEN al contrariar con su mutuo apoyo inter-humano de indiferencia natural).

Pero, la risa —como todas las manifestaciones humanas— está condicionada espacial y temporalmente. Uno de mis proyectos juveniles (que no he realizado y que es probable nunca realice) incluía, al lado del estudio del Derecho Internacional Privado —que hacía padecer incluso a su eminente expositor el decano de Derecho, don Roberto Esteva Ruiz— el estudio comparado de los “chistes” que se producen en idiomas diversos y que tienen detrás de sí la mentalidad (marchamo de cultura y sociedad) de diferentes colectivos humanos. Examen encaminado a determinar qué es lo que convergente y divergentemente (unidad y diversidad del espíritu humano) hace reír a los miembros de cada colectividad humana; qué es lo que descubre de la “naturaleza humana” genérica y qué lo que revela de la “personalidad básica” particular y concreta de cada sociedad ese conjunto de “motivos para reír”.

Porque —del lado de lo diacrónico— como ha visto un físico tan eminente como el británico Alfred North Whitehead (quién SI sabe QUE ES, el “mundo moderno”, y quien pone los cimientos de un mundo que lo rebase sin ser pura “tronada” de mariguano) lo que necesitamos es una visión dinámica que supere tanto A) el materialismo del Setecientos, que fue una sana reacción antimedioevalista contra “visionarios intolerantes E INTOLERABLES” que se extrapoló en el filisteísmo contemporáneo, como B) el idealismo del Ochocientos que se elevó a los niveles

estratosféricos de la aséptica racionalidad, y de la absolutización del espíritu y así se incapacitó (como la *Fröken Julie* de Strindberg) para descender a tierra.

Porque lo que necesitamos es una visión dinámica, procesal, de la realidad ya sea como la dialéctica que —tomándola e Hegel— prefirió Marx o como la que Whitehead —para no incurrir en “inconveniencias” y a falta de término mejor— designó como “organísmica” en cuanto lo real no es sustantivo sino PROCESAL; en tanto no hay realidad INMUTABLE sino CAMBIO PERMANENTE (proceso de realización). Y, en el caso del homínido —más que en el de cualquier especie animal o sustancia inanimada— lo que hay es HUMANIZACIÓN creciente; ascesis a niveles superiores de humanidad, alcanzados por vías (*sephira* diría el cabalista) que incluyen esa de SABER REIR; la virtud divina de la *evtrapelia* que deja atrás a la estúpida risa del zafio, para ascender hasta la risa comprensiva, tolerante y paliativa del sabio.

En la coyuntura actual —de enfrentamiento entre culturas diversas; de cambios acelerados incluso dentro de una misma cultura la enseñanza general por recoger (aplicable también al caso de la risa) es la que nos ofrece Michel Foucault en su “Historia de la Locura”.

Porque si “‘Locura’ es identificar lo que ‘los Otros’ distinguen, y distinguir lo que esos ‘Otros’ identifican”, respecto de la risa, se puede afirmar —también— que “‘Locura’ es definir como ‘ridículo’ lo que ‘Los Otros’ definen como ‘grave’ y considerar ‘grave’ lo que ‘los Otros’ reputan como ‘ridículo’”

Me inclina a hacer esta aplicación del pensamiento de Foucault a las manifestaciones ectrapélicas, un artículo de Larry Petermann en *The Review of Politics* de la *University of Notre Dame* (Noredeim en la pronunciación algo-franco-irlandesa) a la que, de niño, se asomó mi padre, Rafael Uribe Pichardo, en los primeros años del Novecientos, en la que hizo sus posgrados el colega Jorge Bustamante, hoy estudioso de los problemas de nuestra frontera con Estados Unidos de América.

En este artículo, Petermann habla de “Gravity and Piety: Macchiavelli’s Modern Turn” (o sea, de la gravedad y la piedad como muestra del sesgo moderno del pensamiento de Macchiavelli, a quien insisto, no tenemos por qué castellanizar el nombre).

La lectura de ese artículo es difícil, como ocurre siempre que la exposición no expresa directamente el pensamiento del autor sino que —ya sea que este use la cita directa o la indirecta— es referencia a referencias referidas a un texto original.

Petermann habla de una tesis de Mansfield (“Macchiavelli’s New Modes and Orders” publicado en 1979) en la que dicho comentarista analizó el pensamiento del gran florentino y —en particular— la postura asumida por éste (en sus “Discursos”) con respecto a Dante.

A sabiendas (y volendas), no he recorrido todo el artículo de Petermann, para evitar convertirme en simple glosador de su pensamiento. Por ello, lo he empotrado (*to embed* es término que les encanta a los matemáticos) en reflexiones que han sido permanentes durante mis años más recientes. Trato, así, de obtener fruto fresco del tratamiento que todos estos investigadores hacen de temas aparentemente distantes entre sí; pero esencialmente conectados uno con otro: el de la risa y el ridículo —de un lado— y el de la gravedad y aún —lo que no es raro ocurra en la revista académica de “los padres irlandeses”— el de LA PIEDAD.

El interés académico (en última instancia, de antropología filosófica) consistente en dilucidar cuál es la inserción esencial que la risa tiene dentro de lo humano, se manifiesta como más cercana a nuestros intereses cotidianos, en cuanto Petermann (apoyado en Mansfield) considera que “puede reconocerse como del *espíritu de la*

MODERNIDAD... la apreciación que hace Macchiavelli de qué es lo que es 'lo grave' y qué es lo que constituye 'lo ridículo'".

La historicidad de la distinción se evidencia, desde el principio, para el análisis que hacen estos autores, pues habría habido —según ellos— una "percepción premoderna" de la gravedad.

¿En qué consistiría esa premodernidad del concepto de "gravedad"? En que, durante la era premoderna, se percibían como íntimamente (*closely*, dicen ellos) asociadas LA GRAVEDAD Y LA PIEDAD.

La gravedad era una manifestación de la piedad. Se la suponía surgida de ella (independientemente de que, como en todos los asuntos humanos, en todas las épocas, latitudes, sociedades y culturas, esto pudiera ser verdadero o falso, y correspondiera a una externación auténtica o hipócrita).

Para Macchiavelli, ya en su tiempo, esa percepción premoderna de la gravedad es reemplazada por otra, MODERNA (que nótese ya va para cinco siglos). La vieja visión de la gravedad que la asociaba muy de cerca con la piedad, es explicada en términos de la utilidad que esa misma forma de consideración habría tenido para el cristianismo.

El cambio de concepción de "la gravedad" lo introduce Macchiavelli en un momento en que la modernidad aún no mostraba el mustamiento que ha llegado a tener (y que no nos ha permitido que imaginemos con qué sustituirla sin recaer pendualmente en aquella premodernidad YA SUPERADA), pues cuando él lo hacía, lo moderno aún "estaba fresco, brillante... y era acometivo" (todo lo cual ya ha dejado de serlo).

Macchiavelli —lo mismo que sus antecesores— VALORA la gravedad; pero, su valoración positiva de la misma se refiere a otra "gravedad"; a una gravedad que usa la misma forma lingual, pero cuya contenido semántico y de la que los usos intencionales, pragmáticos, son muy diferentes.

"Lo grave" sigue siendo, para Macchiavelli, "aquello ante lo que los humanos DEBEN LLEGAR EN SILENCIO". A esto no hay sino que agregarle un calificativo —"reverente"— para que con ello tengamos claramente delimitado el ámbito de lo religioso o de lo "sagrado" (especialmente, de lo sagrado concebido a la manera durkheimiana) pues, en tales condiciones lo sagrado, lo mismo que lo grave que a ellos se asocia tiene que ser CAMBIANTE de una a otra época.

En esto lo que explica que —aun cuando cambie el contenido de "lo grave" (aquello intangible o intocable AUN CON LA PALABRA, que impone silencio reverente y, por ello, es parte de "lo sagrado"), Macchiavelli incluya la gravedad entre las cualidades que a los humanos (especialmente si son príncipes pues es esta la jerarquía en la que él se interesa particularmente) alabanza o desprecio.

Es esto lo que explica que la gravedad (sustentada en forma distinta en diferentes tiempos y lugares) "llame la atención" e "impresione a los demás".

Justamente es así como procede la cultura estadounidense dentro de su propia mundivisión así proceda a identificar como "grave" a un negociante que vista casimir inglés, y que se comporte como el Cary Grant de un film sintomático, que obraba dentro de un *modo* o temperamento particular del yanqui grave, del que —en su idioma— habla como del *Quiet Man*, simultáneamente hombre importante, que llama la atención, que impresiona a los demás y que es —si no totalmente silencioso— por lo menos, LACONICO y no verboso (como yo ya sé quien).

Y Macchiavelli (como todos los espíritus luzbelianos que mantienen la marcha de la historia, porque a no ser por los ángeles rebeldes seguiríamos impartados *como*

humanos en la mente de Dios), realiza la empresa portentosa y arriesgada de TRASTOCAR (un francés tal vez dijera *bouleverser* y nosotros habláramos de “poner de cabeza (O DE PIES)” ESOS SENTIDOS.

Y ¿No es ésta, maestro Eco, la colosal empresa SEMIOTICA que tiene que realizar el auténtico héroe-cultural, demiurgo de la historia?

Aunque Petermann no es completamente claro en su presentación, de ella infiero (y pongo a su servicio las posibilidades subjutivizadoras de mi castellano, más flexible —en esto— que su inglés) que de lo que se trata es de que Macchiavelli —con su espíritu crítico, destructivo-reconstrutivo— ve que hay cosas: 1) que SERIAN “ridículas” en cuanto manipulables por los humanos, 2) las cuales —CON TODO son “*graves*”, porque son “satisfactoras” (sustituimos por este término su *they answer*) necesidades humanas.

En el mundo mac-chiavel-liano (no “maquiavélico” como dicen los vulgares que atribuyen torpezas y mezquindades al gran hombre), 1) los esfuerzos humanos MAS SERIOS se dirigen a lo que —paradójicamente, en el mundo de los Shaw y de los Chesterton— *SERIS RIDICULO*, a no ser porque ES HUMANAMENTE NECESARIO y por otro lado a lo que “es discernible aun como ‘ridículo’ (para los demás, yo completo) PERO que NO ES RIDICULO (sino “serio”, “grave”) para quienes de ello se ocupan, o que ello ejecutan o participan.

Es esto lo que hace que mayoría espiritualmente inerte, haga que se considere “LOCOS” a hombres como Dante, en cuanto —en esta inversión de perspectivas (y no está muy lejos la sapientísima, ambigua, irónica obra de Erasmo conocida como “Elogio de la Locura”— los mismos HABRIAN “perdido el sentido de ‘la gravedad’”

Respecto de acontecimientos recientes, en México, es parecido el intento de generaciones que contrapusieron a “la momiza” su “chaviza” y se rebelaron contra LA solemnidad (aunque, en realidad, en contra de lo que protestaban no era contra TODA solemnidad, sino contra la antigua y más o menos hipócrita, en un intento para instaurar una nueva, MODERNA, funcional y AUTENTICA).

La limitación de esos movimientos consistió en que no llegaron a ser —como esfuerzos— conscientes de sí mismos; de sus potencialidades y peligros.

Porque, como señala Petermann en esta esquematización mía “si entiendo bien a Mansfield, Macchiavelli INICIA LA MODERNIDAD 1) al convertir ‘lo ridículo’ en importante y grave, y ‘hacer ridículo’ lo que en un tiempo se pensó que era ‘importante y grave’”.

En última instancia, si hemos de recoger la virtud *evtrapélica* de los antiguos helenos (acordada con la movilidad continua de los asuntos humanos) tendremos que enfrentar nuestros problemas: 1) con una GRAVEDAD tal, que nos haga proceder COMO SI de su solución dependiera nuestra Salvación Eterna; PERO 2) sabiendo aceptar CON SENTIDO DEL HUMOR nuestra *limitadísima capacidad para resolverlos*.

Así gracias a la virtud refrescante y revivificante de la risa (duchazo para nuestras arrogancias calenturientas) podremos seguir luchando por resolver problemas que —en última instancia— sabemos INSOLUBLES (pues sólo cambian DE FORMA), por ser consustanciales a nuestra naturaleza humana; conformadores —en cada etapa histórica— de UN SOLO Y MISMO PREDICAMENTO.

Oskar Uribe-Villegas